

LA LUZ DE LAS PALABRAS

Cuelga el sol de las baldas su cansancio del día
y una luz ambarina languidece en los cerros.
Serena está la tarde... y me cercan las cuitas.
Afuera fluye el río que nunca ha de tornar.

Me miran, sonrientes, jirones de mi vida,
orlados de cenefas de púrpura y damascos,
zarpazos deleitosos tras el cristal del tiempo,
las dulces dentelladas que concitó el amor.

En medio de la tarde, solo en mi laberinto,
el agua presentida me arrulla en su romanza.
El corazón se aquieta fundido en la corriente.

Mas temo de las horas la daga del vacío,
los sesenta segundos del minuto sin alma,
y, entonces, abro el libro que, acaso, me redima:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar...*

Y siento, de repente, la luz de las palabras,
la fuerza prodigiosa del morfema encendido.

¡Oh venial pecado de la melancolía,
ya encontró mi jornada su pretendido afán!